

BIBLIOGRAFÍA

NATURALEZA, HISTORIA, DIOS.—Xavier Zubiri.—Editora Nacional, Madrid, 1944.—17 x 24 cms. 566 págs.

El presente libro es un hermoso volumen, bien presentado tipográficamente y de contenido rico. No se trata de una exposición completamente nueva de temas, que ven por primera vez la luz, sino que tres estudios inéditos se publican en este tomo entre otros trabajos anteriores.

No se crea, sin embargo, que tiene interés menor la obra por esta razón, sino que al contrario, al ver en conjunto y relacionados varios trabajos, unidos por un denominador común, el de la verdad filosófica buscada con anhelo y con singular empeño enseñada, presta nuevos alicientes al lector acostumbrado a seguir a nuestro profundo pensador.

En la primera parte del libro, bajo el epígrafe general: "*REALIDAD, CIENCIA, FILOSOFÍA*" nos plantea cuestiones tan interesantes como "nuestra situación intelectual" "¿qué es el saber?" y "ciencia y realidad", buceando profundamente luego en el florido campo de la historia del saber filosófico.

Examina después, en la segunda parte, en rápido examen histórico, el caudal y las orientaciones de Suárez, Descartes, Pascal y Bretaño, deteniéndose más con Sócrates y Hegel, a quienes dedica soberbio estudio, entroncando y estudiando los más profundos problemas.

En la última parte de su libro estudia las modernas cuestiones en torno a la física atómica y sus relaciones filosóficas, para llegar a tratar el problema de Dios de una manera magistral no exenta de llamativa novedad. El último tratado "El Ser Sobrenatural" es esencialmente un tratado de teología expuesto con gran acierto dentro de la más perfecta ortodoxia.

Hay varias cosas que llaman la atención en la obra: se muestra la serie de artículos y tratados con cierta novedad. Pero mucho más que la novedad—original y acertada exposición de viejas verdades, en ocasiones—destaca la profundidad y solidez del pensamiento manifestado con precisión y maestría.

Acertada e interesante su consecuencia al afirmar que, partiendo de determinaciones variadas al querer concretar el objeto de la filosofía, se haya llegado entre la multitud ingente de posiciones no concordes, a resultados que pueden muy bien llamarse, más que de doctrinas opuestas, de tendencias y soluciones diversas en torno a las mismas cuestiones fundamentales.

Fundamentales y acertadísimas pueden decirse también las consideraciones en torno a la "ley de indeterminación" expuestas. Investiga con precisión el alcance de los términos empleados; los relaciona con la ley de la causalidad; distingue perfectamente la serie de causalidades, recordando con magnífica oportunidad la existencia de causas libres, para terminar señalando el objeto verdadero de la filosofía.

Hace el autor gala de una serie de conocimientos nada comunes aun entre los pensadores de primera fila. A través de sus páginas puede el lector enterado darse cuenta de que el Sr. Zubiri conoce perfectamente, y no de una manera superficial y rápida, las más modernas teorías matemáticas, de los "cuanta", de la Indeterminación, etc., y no le son desconocidos los trabajos de los más eminentes hombres de ciencia modernos, cuyas citas son numerosísimas.

Si a todo esto se añade una orientación perfectamente ortodoxa, con el sentido recto y constructivo que siempre tuvo la filosofía perenne, no se podrá negar que la obra del gran pensador don XAVIER de ZUBIRI es una magnífica aportación al acervo cultural patrio, contribuyendo con sus claras luces y magníficas dotes de exposición a la difusión del pensamiento cristiano en este mundo de nuestros días, de pensar ondulante y torturado.

F. Y.



LA CASA DEL INFANTADO, CABEZA DE LOS MENDOZA.—Obra premiada por la Grandeza de España en 1935. La compuso *Cristina de Arteaga y Falguera*. La publica el Duque del Infantado. Madrid, 1940-44. 2 tomos. Edición de 500 ejemplares numerados.

Cristina de Arteaga, ventajosamente conocida de cuantos se precian de buenos amantes de las letras, ha llevado ahora ante las aras de la severa Clío una rica ofrenda. Rica, ante todo, por su contenido y no menos por su exterior envoltura. Los dos tomos de *La Casa del Infantado* son ornato y galana muestra de la tipografía española y motivo de legítimo orgullo para el ilustre prócer que los ha editado a sus expensas. Ejemplo digno de imitarse por otros Grandes éste que da el Duque del Infantado publicando la historia genealógica de su Casa, y que se aviene muy bien con la misión que a tan importante clase de la vida nacional incumbe, según fué dicho:

Las armas y las letras dan nobleza;
consérvanla el valor y la riqueza.

De ingente puede calificarse, sin exageración, la labor que acometió la autora de este libro al emprender la investigación de la historia genealógica y hechos de sus antepasados y si no ha logrado cuanto sin duda se propuso, puede, muy justamente, sentirse satisfecha de su aportación a la historia nacional. Porque no se trata aquí de una cansada relación de las generaciones de la extensa familia alavés y sus entronques y parentescos, sino de una verdadera historia genealógica de la poderosa Casa, cuyos miembros llenan brillantemente media historia de España. Para ello se ha servido no sólo de los ricos archivos familiares, sino también de las gas y prolijas investigaciones en el Archivo Histórico Nacional.

Descritos por la pluma brillante de Cristina de Arteaga, desfilan por las páginas del libro, vivos y animados, ricos hombres y señores de lugares, como don Pedro González de Mendoza, fundador de la Casa; magnates como el autor de las Serranillas; purpurados insignes, como el llamado "tercer rey de España"; personajes tan discutidos como el Condestable don Alvaro de Luna o la Princesa de Eboli; políticos y militares y embajadores, como aquel Duque de Osuna, Embajador ante la corte de los Zares, cuyas geniales prodi-galidades, más que de historia, de leyenda parecen. Todos ellos encuadrados en el marco histórico del tiempo en que les cupo vivir y que Cristina de Arteaga revive con prosa animada y elegante, al par que con amable y nada pedantesca erudición. Por eso dije antes que no es este un seco libro de linajes sino verdadera historia genealógica, en la que sobre el cañamazo de los árboles genealógicos se tejen, como en un rico tapiz, las vidas de innumera galería de personajes que un día vivieron en el mundo brillante de la corte o entre los

silenciosos muros de coventual clausura dejando unos, el ejemplo de sus virtudes o de sus heroísmos; otros, el recuerdo apasionado de sus discutidas acciones; alguno el de sus errores y todos el sello de la fuerte personalidad, de la energía, que parece como el *substratum* del linaje.

Tiene la obra particular interés para nuestro país. Vinculado el Ducado del Infantado a la antiquísima Casa de Lazcano, hubiera sido, sin duda alguna, del mayor interés que la autora nos diese a conocer lo mucho que tenía recogido relacionado con el señorío de Lazcano. Desgraciadamente los acontecimientos de estos últimos años han sido causa de que gran parte del material recogido y ordenado se haya perdido, y lo que es peor, sin posibilidad de recuperación. En tales condiciones lo que el libro aporta a lo ya conocido, aunque estimable, no ofrece lo que hubiera sido de mayor interés: nuevos horizontes para el estudio de la Casa de Lazcano de la que, pese a los excelentes estudios de Lizaso y don Juan Carlos de Guerra, queda muchísimo por averiguar.

Un poco al margen de lo que constituye la esencia de la obra nos da noticias muy interesantes y que habrán de tenerse en cuenta cuando se escriba la historia de cosas y personas que retuvieron poderosamente la atención nacional en los primeros años de la presente centuria.

El libro de Cristina de Artaga merece más detenido estudio que esta breve nota escrita sin más pretensión que la de llamar la atención de los estudiosos sobre esta notable crónica, y registrar en las páginas de este Boletín una obra que tan de cerca atañe a Guipúzcoa.

J. M. I.



SUMA DE LAS COSAS CANTABRICAS Y GUIPUZCOANAS, por el Bachiller Juan Martínez de Zaldibia.—Introducción y Notas de don Fausto Arocena. Publicaciones de la Excm. Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián, 1945.

La Diputación Provincial de Guipúzcoa ha publicado, a propuesta del que fué su Diputado, don Joaquín de Yrizar, la *Suma de las Cosas Cantábricas y Guipuzcoanas*, del Bachiller Juan Martínez de Zaldibia, inédita hasta ahora a pesar de la antigüedad de su original. Como es natural la edición no pretende exhumar un texto desconocido, ni tampoco enriquecer la historia de la provincia con una nueva concepción; el texto, recogido en varias copias manuscritas, ha sido traído y llevado por todos los historiadores del país; su sentido historicista, obra y fruto del siglo XVI, difícilmente podíamos aceptarlo hoy. Mas esto aparte, había razones sobradas, no sólo puramente afectivas sino también de índole bibliográfica que abonaban cumplidamente su publicación. Después de todo es la historia de Guipúzcoa más antigua que se conoce. Había, pues, que honrar la memoria del erudito bachiller tolosano no sólo por haber sido el primero que acometió y terminó la empresa de hacer la historia de su provincia—aunque hay noticia de propósitos anteriores, no se sabe que los realizaran—sino por haber sido la fuente en la que han bebido copiosamente los historiadores guipuzcoanos que le han seguido en el tiempo; no en vano es la primera piedra del edificio de nuestra historiografía.

Un texto de esta naturaleza forzosamente debía ir acompañado de una Introducción crítica y de unas notas que desvanecieran errores o aclarasen conceptos confusos; esta labor nadie podía haerla, hoy, en Guipúzcoa, como nues-

tro colaborador don Fausto Arocena. Y él la ha hecho con esa precisión con que hace todas sus cosas. "Este día no era martes", dice en una nota, refiriéndose al 25 de octubre de 1498 que Zaldibia sitúa en el segundo de la semana, al historia; la quema de Fuenterrabía. Este detalle mínimo, da la medida exacta de la meticulosidad con que está trabajada la edición. El Jefe de la Inspección de Archivos de la Diputación ha pasado todo el libro de Zaldibia, no capítulo a capítulo, sino punto a punto y frase a frase, por su cedazo crítico y con limpia y desapasionada objetividad ha puesto, en cada caso la nota que procedía; unas veces para completar o rectificar el texto del manuscrito que ha servido para la edición, con otras copias que también ha tenido a la vista; otras, para completar la cita dada parcialmente o para rectificarla en su caso; y, algunas, para invitar al lector a beber en nuevas fuentes que ampliaran el concepto expuesto por el bachiller o le dieran un agua más potable que la de la *Suma*.

En la Introducción hace unos apuntes biográficos del autor, enjuicia el valor del libro en la historiografía de Guipúzcoa, matiza el alcance de la aportación zaldibiana a la verdadera historia de la batalla de Beotibar, enumera los distintos manuscritos que se conocen de la obra del bachiller y explica el método que ha presidido la edición.

Este trabajo crítico, aparte de su evidente valor intrínseco y del que resulta de dar con exactitud el año de la muerte del historiador tolosano, dato equivocado hasta ahora, ofrece un interés especial por los comentarios acerca de la batalla de Beotibar. La narración que de ella hizo Zaldibia le habían proporcionado calificativos seriamente ofensivos para un historiador. Y Arocena, que además de ser un crítico justo es un decidido valedor de todas las glorias de su provincia, ha tomado a su cargo la defensa de la verdad y la rehabilitación del Bachiller. Y excusado es decir que lo ha conseguido.

Es, en fin, un libro interesantísimo y muy bien presentado que ha venido ha subsanar un imponderable olvido.

M. C-G.



EL REYNO DE CHILE. 1535-1810.—Estudio histórico, genealógico y biográfico, por *Luis de Roa y Ursúa*. Valladolid, 1945.

No escatiman elogios a esta obra el Marqués de Ciadoncha ni don Joaquín Pérez Villanueva, Catedrático de la Universidad de Valladolid, en la carta, el primero, y en las notas preliminares, el segundo, que sirven como de pórtico a éste que no vacilo en llamar monumento ciclópeo de investigación, junto al cual palidecen algunos trabajos, muy reputados por otra parte, de parecida índole. Los 4.351 apellidos de conquistadores y pobladores de Chile que el señor Roa ha reunido en las 1.929 páginas del voluminoso libro no es una simple relación de las gentes que pasaron a aquel estado de la costa del Pacífico a la conquista primero y a colonizar y poblar, después; si eso sólo fuera sería bastante para interesar a los investigadores de las cuestiones americanas; pero es más, mucho más. Es más, en primer lugar, porque esta obra es la primera, que sepamos, en que se utilizan para una labor de conjunto las noticias extraídas de archivos españoles y americanos; y, en segundo lugar, porque en la inmensa mayoría de los apellidos agrupados en la obra se da la filiación com-

pleta del personaje, su origen, ascendencia, nacimiento, fecha de su paso a Indias, cargos y empleos, acciones, matrimonio, hijos, última voluntad, etc., con lo que cada cédula del extenso repertorio viene a constituir un esbozo completo de biografía, en el que, muy a menudo, no faltan noticias sobre el carácter del biografiado. Y esto, no de cualquier modo, sino anotando, escrupulosamente, junto a la noticia, la referencia bibliográfica o documental de que procede. Penosa y larga tarea que impuso al autor extenso peregrinar, en el tiempo y en el espacio, visitando archivos nacionales y eclesiásticos, de la que, sin duda, se habrá sentido compensado al ver impreso su meritisimo libro. En el *Laus Deo* que le ha puesto como colofón, hay como una resonancia de los jubios finales que los monjes copistas de la última Edad Media estampaban en la última página de sus miniados códices.

¿Es que la obra no tiene defectos ni errores? Es posible que los tenga. Quede, sin embargo, para otros la ingrata tarea de señalarlos, si los hubiere. En cualquier caso, no podrán restar mérito a este trabajo redactado en un estilo lacónico, casi telegráfico, en cierto modo impuesto por su abrumadora extensión.

Un índice alfabético y un cuadro de abreviaturas completan el libro que, editado a expensas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha sido cuidadosamente impreso en Valladolid por los Talleres Tipográficos "Cuesta".

J. M. I.



DE CALIFORNIA A ALASKA, historia de un descubrimiento, por Javier de Ybarra y Bergé. Publicaciones del Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1945.

El viejo imperio colonial hispano que empezó a socavarse bajo los tristes destinos de Medinasidonia se cuartaba en el siglo XVIII con estrépito de derrumbamiento. Era preciso volver los ojos al mar. Patiño y Ensenada se esforzaron en robustecer el poder de nuestra Armada para tratar de evitar lo que parecía inevitable. Y la Armada respondió espléndidamente a estos propósitos dando un haz frondoso de figuras gloriosas. Pero era ya demasiado tarde y, sus nombres, dignos todos de mejor fortuna, hubieron de ser astros de ocaso.

Uno de estos fué el de don Juan Francisco de la Bodega y Quadra historiado por Javier de Ybarra en el libro a que nos referimos. De rancio abolengo encartado nace en Lima, en 1743, e ingresa en la Real Armada en el 1762. Aún había entonces marés por recorrer y tierras que descubrir. España, que se consideraba con títulos bastantes para dominar la costa occidental del continente americano hasta sus límites septentrionales, apenas si ejercía dominio de hecho pasados los 30 grados de latitud Norte, gracias a las Misiones religiosas que realizaban su empresa evangelizadora sobre una india más o menos dócil y sumisa. Entre tanto, los rusos, ajenos a estas preocupaciones espirituales, montaron más al norte de la misma costa algunos establecimientos para el comercio de pieles. Estas incursiones movieron al Virrey de Nueva España, don Antonio Bucarely, a dirigirse al gobierno de Madrid, denunciando el hecho y pidiendo apoyo para descubrir y dominar toda la costa occidental que caía bajo su dominio de *jure*. Y, Madrid, contestó ordenando que "se desalojasen de grado o por fuerza cualesquier extranjeros que se hallasen establecidos en estos parajes" para cuya

difícil empresa enviaba 6 Oficiales de la Armada. Pero Madrid estaba lejos y los 6 Oficiales, tras de no ser demasiados, no llegaban con la prontitud que hubiera deseado el Virrey que, impaciente, equipó en 1773 la fragata *Santiago* y la puso bajo el mando del Alférez don Juan Pérez "único Oficial de la Marina que había en California", con orden de que recorriera la costa hasta los 60 grados de latitud y enseñara a los indios que la habitaran el camino de la salvación eterna; Ejemplar historia la de España, sin par en el mundo!; Esforzada raza de Quijanos, sin miedo a los gigantes!

Don Juan Pérez no pudo llegar, claro está, con su pequeña fragata a los 60 grados, pero clavó el pabellón de su patria en el Cabo Mendocino a los 40 grados y 8 minutos, que ya era bastante.

En octubre del 74 llegaron a Méjico los 6 Oficiales prometidos, uno de los cuales era nuestro don Juan Francisco de la Bodega y Quadra que después de algunas incidencias fué incorporado a la empresa descubridora con una goleta de 18 codos de quilla, 6 de manga y de tan poco puntal que sus hombres no podían estar de pie bajo cubierta. ¡Buen paquete para romper los ríscos mares del Septentrión! Las condiciones en que el héroe hubo de hacer el viaje, sin víveres, porque no cabían los cajones en la pequeñez de la goleta, sin gente, porque hubo de ir dejándola en las distintas recaladas y sin salud, porque se la minaba el escorbuto, son realmente impresionantes; y su audacia y su pericia marítima, también. Sólo así se explica que pudiera prolongar el viaje durante 10 meses y llegar nada menos que a los 58 grados latitud que hasta entonces no había alcanzado nadie por aquellos mares. Después hubo otras expediciones en alguna de las cuales volvió a tomar parte Bodega y que clavaron aun más alto el pabellón hispano. Pero la guerra de 1779 entre España e Inglaterra con motivo, precisamente, de la independencia de los Estados Unidos, pusieron fin a las exploraciones paralizado la actividad colonizadora por aquellos parajes.

Años más tarde, los ingleses, que no veían con buenos ojos la presencia de los españoles por tales latitudes, reclamaron para ellos el puerto de Nutka y, el Gobierno de Madrid, que no pudo o no quiso oponerse a sus exigencias decidió acceder a ellas comisionando, para su ejecución, al limeño-vizcaíno don Juan Francisco de la Bodega que se hallaba a la sazón de Comandante en el puerto de San Blas. Dorosa embajada, para un hombre de su patriotismo. Disciplinado y sumiso acudió a Nutka, a tan penosa misión, pero no la cumplió. Tuvo el acierto de buscar y encontrar razones para no hacerlo sin romper por ello las debidas relaciones diplomáticas con el embajador, de los ingleses, el gran navegante Vancouver que rindió honores al pabellón de España en aquellas aguas de las que hubo de retirarse sin lograr el cometido que le había llevado a ellas. Sin embargo, no duró mucho la satisfacción de nuestro héroe que, poco más tarde, pasó por el dolor—astro en ocaso!—de que el puerto de Nutka y la isla que había de llevar su nombre, pasara a los ingleses hecho, sin duda, que motivó su muerte acaecida meses después.

Esta es la historia, heroica y desgarrada, del vizcaíno-limeño don Juan Francisco de la Bodega y Quadra que nos ha contado, sobre documentos de primera mano, hábilmente traídos y llevados, nuestro querido amigo Javier de Ybarra que ha hecho con ella un bello libro editado muy pulcramente por el Instituto de Estudios Políticos, en la colección "España ante el Mundo".

M. C-G.



HISTORIA DEL NACIONALISMO VASCO. Maximiano García Venero: 1793-1936. Editora Nacional. Madrid, 1945.

Leía yo estos días, a propósito del espectacular proceso de Nuremberg, un artículo en que el anónimo autor afirma que la historia se escribe modernamente con mayor prontitud que en pasadas épocas. En opinión del editorialista nadie hubiera osado hacer la historia de estos años decisivos en la, digamos, profecía de Spengler, con la celeridad con que actualmente se hace. "Acaba de concluirse el conflicto—viene a decir—y ya están ahí todos los documentos que explican su génesis y desarrollo". No trato aquí, casi está de más el decirlo, de dilucidar si los juces que tienen ante sí a los dirigentes alemanes tratan de examinar la copiosa documentación con criterio historicista o sí, por el contrario, han de ser sus sentencias, como algunos pretenden, la base de un nuevo derecho internacional. Me limito a recoger aquella opinión, según la cual la historia se escribe hoy—signo acaso de nuestro tiempo—con mayor rapidez que en el pasado. Si lo que se quiere decir es que apenas terminado un conflicto se dan a luz memorias y documentos con él relacionados, es claro que el hecho no representa una novedad; pues en todo tiempo las partes antagonicas de un litigio, nacional o internacional, han producido colecciones de documentos y relaciones más o menos extensas para justificar su conducta en los sucesos. Ni es nuevo tampoco el escribir la historia de una guerra inmediatamente después de su terminación. Puede decirse que de tales historias están llenas las bibliotecas; y no deben estar muy bien escritas cuando tantos y tantos libros se han escrito—y se escriben—revisando procesos históricos. Y es que, contra lo que cree el editorialista, sólo el tiempo decanta la verdad de los hechos y por eso es tan difícil juzgar los acontecimientos recientes, cuando viven muchos de los que en ellos fueron protagonistas; cuando los hechos andan en relaciones parciales o fragmentarias; cuando la proximidad misma de los sucesos impide atascarlos en toda su extensión; cuando, en fin, las no extinguidas pasiones adulteran las fuentes de información o deforman los hechos.

Acaba de publicarse un libro que afecta muy directamente, a mi parecer, a los AMIGOS DEL PAIS, por lo que he creído de interés registrarlo en estas páginas.

Bajo dos aspectos se puede considerar, a mi juicio, el libro del señor García Venero; uno, político y otro, puramente histórico. Aquí—y a mí, personalmente—interesa solamente el segundo; porque el autor lo ha querido así al señalar a aquel movimiento político, de tan terribles consecuencias para nuestro un día idílico país, unos orígenes intelectuales que, ciertamente, no tiene. Es en verdad sorprendente que quien, como el autor de este libro, ha residido en Guipúzcoa, ignore a estas alturas que los Caballeritos de Azcoitia, tildados de heterodoxia por don Marcelino Menéndez y Pelayo, han sido vindicados por los escritos de un hombre tan poco sospechoso de concomitancias heterodoxas como de particularísimos nacionalistas como don Julio de Urquijo que, con documentos absolutamente irrefutables, ha pulverizado las apreciaciones que el propio historiador montañés calificó de "obra apasionada de juventud", y consta terminantemente que en esta parte pensaba revisar su juicio a la luz de documentos que conoció más tarde. Es verdad que en la bibliografía consultada aparece registrado uno de los principales libros que el señor Urquijo ha dedicado a esta cuestión; pero en el texto el autor no lo ha tenido en cuenta; lo cual es más chocante, aunque no tanto como la afirmación de que "una de las primeras tareas de la Sociedad (de Estudios Vascos) fué ser consecuente con la influencia europeísta, y lanzó la *Revista Internacional de Estudios Vascos.*"

¿Cómo, quien de estas cosas escribe, ignora que la citada *Revista* se publicaba con toda regularidad once años antes de la celebración del primer Congreso de Estudios Vascos del que salió, más tarde, la Sociedad de Estudios Vascos? ¿Quién no sabe aquí que dicha *Revista* jamás fué mirada con simpatía por los elementos nacionalistas y tan no lo fué que fundaron la que denominaron *Yakintza*? ¿Que igual prevención les apartó de la Sociedad de Estudios Vascos a la que juzgaron punto menos que enemiga porque nunca se ocupó de cuestiones que no fueran puramente intelectuales al margen de la política, aun de la especulativa, de la Política con P mayúscula, que dicen algunos?

Pero volvamos a los Caballeritos de Azcoitia y al pobre Altuna cuya amistad con Rousseau vuelve a airear el señor García Venero. Pules sí, señor; Altuna fué amigo, amigo entrañable, del ginebrino al que quiso atraer con su palabra—y sobre todo con el ejemplo de su irreprochable conducta, argumento mucho más convincente que todas las predicaciones—al catolicismo que fervorosamente profesaba el varias veces Alcalde de Azcoitia, donde dejó huella de su integridad, más aún, de su intransigencia en materia de religión.

Mas, dejada a un lado la pretendida heterodoxia de Peñafloreda y sus amigos, lo que en ninguna parte he visto es la menor cosa que permita lanzar sobre la memoria, sobre la buena memoria, de los fundadores de la *Real Sociedad Económica Bascongada de los Amigos del País*, la tacha de un particularismo del que, como hijuela, pudiera derivarse el nacionalismo. Ahí están las Actas de la Sociedad y en ellas la ideología de sus fundadores y lo que constituyó el afán de todas sus actividades. Sobre estas cuestiones suele no ser desdeñable el juicio de los contemporáneos y no debía ser malo el que los españoles más destacados de aquel tiempo tenían sobre ésta, cuando en tan poco tiempo tanto se multiplicaron por toda España las sociedades constituidas a imagen y semejanza de la que fundó don Javier María de Munibe, hijo; no debe olvidarse, del fundador de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, cuyos navíos de comercio iban armados precisamente para apoyar y multiplicar las fuerzas de la Armada nacional en la defensa de los dilatados dominios de la corona de España, llevasen o no de contrabando los libros de la Enciclopedia, que tampoco está probado, a menos que se pruebe primero que los Inquisidores que tenían a su cuidado el examen de los libros que se llevaban a América, eran, también, enciclopedistas. No me extrañaría nada que cualquier día nos lo digan, porque el Marqués de Narros, Caballerito, y enciclopedista también, claro está, fué Familiar del Santo Oficio.

A pesar de lo dicho y de bastante más que pudiera decirse, el libro no es inútil, ni mucho menos, sobre todo si se utiliza con espíritu crítico.

J. M. I.

